

El mejor de los 22

Vicent
Dasí

Dibujos de
Pau Valls





1

El portero viajero

Se aburre como una ostra en el mar Muerto.

Por eso ha empezado a canturrear el estribillo de *Oh, Boy!* sin apenas darse cuenta. Es lo que tiene jugar de portero en uno de los mejores equipos de la liga aleví. La pelota pasa tanto tiempo en el campo contrario que al final resulta imposible mantenerse concentrado todo el rato en el partido. Especialmente una mañana de sábado como la de hoy. Con el problemón tan gigantesco que tiene en la cabeza esperando solución. «¿Cómo voy a hacerlo?», se pregunta en pensamientos circulares una y otra vez. «¿Cómo voy a hacerlo para presentarme al casting de *Sueños y Estrellas* el sábado que viene? ¿Cómo?». Por más vueltas que le da al coco, no encuentra por ninguna parte la salida.

Y hablando de salida...

–¡¡Sal!! ¡¡Sal!! –A todo volumen, venida de no se sabe dónde, sacude al chico de repente una voz sin dueño. Expulsado de sus pensamientos circulares por esa voz misteriosa, el chaval se pregunta, entre sorprendido y asustado, si esa que grita no será su mismísima voz interior; la voz de su conciencia que intenta dar respuesta al problemón irresoluble que tanto lo angustia.

»¡¡Sal!! ¡¡Sal!! –insisten con impaciencia los gritos anónimos, aunque empieza a resultarle extrañamente familiar la voz que los transmite; como cuando te oyes a ti mismo en una grabación. ¿Será porque va a ser verdad que se trata de la voz de su propio yo? Apostando por esta opción, y a pesar de su desconcierto, el chico se decide a entreabrir los labios y responde a esos gritos enigmáticos con un susurro casi imperceptible.

–¿Que salga? –murmura a tientas sin saber muy bien hacia quién o qué dirigirse–. ¿Que salga de este problemón? Sí, claro. Eso es lo que yo quisiera. Pero ¿cómo?

–¡¡Corre!! ¡¡Vamos, corre!! –replica desesperadamente la voz, como si quisiera avisarlo de la caída inminente de un meteorito–. ¡¡Sal!! ¡¡Sal del área!!

–¿Que salga del área? ¿De qué área? ¡El área!

De pronto se hace la luz y un flash cegador cierra sus ojos. Al volver a abrirlos, apenas un segundo después, el chico se siente como si acabara de ser súbitamente teletransportado. Sí... Como un viajero

interestelar de *Star Trek*. Teletransportado. ¿Pero a dónde? Todavía no lo tiene muy claro, la verdad. Aunque una cosa es segura: sigue siendo sábado. El tercer y soleado sábado del mes de junio. Primer día de vacaciones. En cuanto al lugar..., lo cierto es que no acaba de ubicarse del todo. A sus pies se extiende un gran rectángulo de césped artificial; un prado verde plastificado sobre el que unas líneas blancas delimitan el terreno de juego de un campo de fútbol resplandeciente. A lo lejos, justo frente a él, está plantada lo que a todas luces debe de ser la portería contraria. Y varios metros por encima de esta, paralelo al larguero y subrayando el horizonte de izquierda a derecha, se extiende un inmenso puente blanco de diseño futurista; un puente coronado de lado a lado por una peñeta gigante, que desde la posición del muchacho parece enrejar un cielo azul sin nubes.

«¡Al antiguo cauce del río!», exclama para sí. Cuando el chico lee el cartelón publicitario colocado tras el córner derecho, justo al lado del marcador manual del fondo, ya no tiene ninguna duda de a dónde lo ha devuelto su particular teletransporte:

Ayuntamiento de Valencia
Campo de fútbol del puente de la Exposición
Jardín del antiguo cauce del río Turia

Ruzafa City FC – 1 // Visitante – 0

–¡¡Sal!! ¡¡Sal!! –Sin un segundo de tregua, vuelven a la carga los dichosos gritos. En esta ocasión, sin embargo, ya de vuelta otra vez a la realidad del partido, el portero viajero ha localizado de inmediato a su emisor. A unos metros del banquillo local, a punto de saltar de puro nervio la valla lateral, su padre se desgañita como un poseso mientras le hace señas con un brazo para que salga urgentemente del área pequeña.

Es entonces cuando el chaval se da cuenta de dos cosas. Una: sus botas multitaco pisan la línea de gol de su propia portería. Dos: atravesando el semicírculo de su área grande, de cara a él y a toda castaña, avanzan dos manchas borrosas de tamaños distintos. La más voluminosa, de color rojo y contorno humanoide, va precedida de otra mucho más pequeña, de color blanco y forma esférica. No es una información visual demasiado precisa, desde luego. Y aunque el muchacho intenta exprimir sus ojos achinando a tope la mirada, esto es todo cuanto su vista puede concretar de momento. Nada extraño teniendo en cuenta que, además de un tanto viajero, este portero es también miope, padece astigmatismo, tiene intolerancia a las lentillas y, por supuesto, no se pone las gafas para jugar.

Eso sí, el chico goza de un sentido del oído prodigioso. De manera que sus orejas captan con precisión sinfónica el pepinazo que retumba en todo el campo, cuando las dos manchas borrosas rebasan

como un relámpago el punto de penalti. Justo en ese instante, a dos metros escasos de sus narices, la mancha humanoide se ha transformado en el delantero centro del Sporting Benicalap, mientras la esférica, convertida en balón de reglamento, se dirige hacia él a la velocidad de la luz.

En un acto reflejo de supervivencia natural, milésimas de segundo antes de que el balón impacte contra su cara, el chaval consigue de milagro taparse con las manos. El chut lleva tanta potencia que hace volar al portero contra la red, mientras la pelota, repelida por sus guantes, sale despedida a córner unos palmos por encima del larguero.

«¡Menudo paradón!», exclaman varios espectadores tras la valla de la portería ante lo que parecía un gol cantado. Al mismo tiempo, desde la situación elevada del puente de la Exposición, desciende hacia el antiguo cauce del río una cascada atronadora de aplausos y vítores. Los muchos aficionados y curiosos que, apoyados en la barandilla del puente, suelen seguir desde allí los partidos del City, alucinan en colores por la que ha debido de parecerles la parada del siglo. Abajo, en el área local, los compis del portero, que no puede creerse el acontecimiento que acaba de protagonizar, lo felicitan efusivamente con palmadas en la cabeza, la espalda o el culo. No hay tiempo, sin embargo, para mayores celebraciones. Los jugadores rojos del Sporting, apurando el últi-

mo minuto de partido, se disponen a sacar el córner resultante de tan memorable jugada.

—¡Hombre a hombre! ¡Cada uno con el suyo! —exclama fuera del banquillo el míster del Ruzafa mientras el portero rival, quemando las naves, se une corriendo al baile de agarrones, codazos y empujones que ha empezado a celebrarse en el área pequeña a la espera del saque de esquina.

Junto al banderín izquierdo, sin apenas coger carrerilla, el volante derecho del Benicalap golpea la pelota con efecto envenenado, colocándola en la olla ante la mirada estupefacta del portero viajero. Todavía en estado de shock por el lance anterior, nuestro guardameta protagonista hace la estatua bajo palos, mientras el defensa central de los rojos remata a bocajarro a menos de un metro de la línea de gol.

Ante semejante testarazo los visitantes ya casi celebran el empate cuando, salida de la nada e impulsada como un resorte, la mano derecha del mediocentro del City desvía la trayectoria del esférico lejos de la portería.

El árbitro no lo duda dos veces. Penalti y expulsión.